



[CAPÍTULO SEIS]

Caminar, quizá... Insinuaciones sobre el tiempo que *falta*¹

~ ÁLEX SILGADO RAMOS ~



Si nos detenemos, también el tiempo se detiene un poco; si nos serenamos, el tiempo nos imita. Hasta con solo pensarlo... aunque, para pensarlo, primero se ha de parar —por eso se dice lo de ‘pararse a pensar’. Por extraño que parezca, el tiempo, al pensarlo, se lentifica. Podría formularse así: ‘El tiempo, si lo piensas, se hace lento’.

Josep Maria Esquirol (2009)



Entre las primeras páginas de *La lentitud*, esa breve novela del escritor checo Milan Kundera, se puede leer la siguiente escena:

El hombre encorvado encima de su moto no puede concentrarse sino en el instante presente de vuelo; se aferra a un fragmento de tiempo desgajado del pasado y del porvenir; ha sido arrancado a la continuidad del tiempo; está fuera del tiempo; dicho de otra manera, está en estado de éxtasis; en este estado, no sabe nada de su edad, nada de su mujer, nada de sus hijos, nada de sus preocupaciones y,

¹ Este capítulo constituye un espacio de reflexión derivado de la tesis o, mejor, del ejercicio de indagación narrativa “El arte de caminar y la educación: una mirada poética. Divagaciones de un maestro de a pie”, en el marco del Doctorado Interinstitucional en Educación de la UPN, énfasis en Lenguaje y Educación.

por lo tanto, no tiene miedo, porque la fuente del miedo está en el porvenir, y el que se libera del porvenir no tiene nada que temer. La velocidad es la forma de éxtasis que la revolución técnica ha brindado al hombre (1995, p. 10).

Confieso que desde que leí por vez primera esta novela, esa imagen, a la que suelo nombrar como *la vida en una moto*, me ha resultado inquietante, quizá por parecerme una sórdida metáfora de este tiempo sin tiempo, de este tiempo de la prisa: precipitado, acelerado, desbocado; un cronos agresivo que nos devora². *La vida en una moto* es la instantánea de un hombre replegado sobre sí; un pequeño “yo” que solo se tiene a sí mismo, encerrado en su narcisismo, en su autismo, incapaz de *ser-con*; un individuo sin pasado ni porvenir, sin memoria, sin identidad, desnarrativizado; arrancado del tejido de una trama y arrojado a la sucesión ininterrumpida de intensidades puntuales; un ser sin vínculos, en estado de éxtasis, que delega el peso de su cuerpo a una máquina; se hace leve, ágil, efímero, y levanta su vuelo en una incesante y agónica huida hacia adelante, acosado y agobiado por el imperativo de lo actual.

La imagen, y la sensación que produce, no me es ajena; la he encarnado, la he padecido; yo también he sido el hombre en esa moto. Levanto, entonces, la mirada de las páginas de la novela e intento buscar resonancias de *la vida en una moto* en otros textos y me repico con palabras, fragmentos, imágenes que me llevan a pensar sobre el tiempo que *falta*. Quizá, la necesidad de imaginar otro tiempo, de encarnar otro ritmo, de abrir una grieta por donde sea posible retirarse; la posibilidad de establecer otra relación con el tiempo, una experiencia diferente a la de la prisa; una temporalidad en la que sea posible experimentar la *duración*...

2 Pienso aquí en ese oscuro cuadro que, hacia principios del 1800, Francisco de Goya pintó con óleo en los muros de su casa la Quinta del Sordo: *Saturno devorando a su hijo*.



Hoy la experiencia habitual del tiempo es la de la velocidad. Habitamos aceleradamente el mundo. La prisa se ha convertido en nuestro modo de ser.

Joan-Carles Mèlich (2021)



CUANDO TE REGALAN UN RELOJ...

En *El respirar de los días: una reflexión filosófica sobre el tiempo y la vida*, el filósofo español Josep María Esquirol se plantea un interrogante que se ha vuelto bastante recurrente en estos tiempos: «¿Cómo es que hoy, en plena época de los relojes y cronómetros de máxima precisión, apenas tenemos “tiempo” para nada?» (2009, p. 10). Este ‘apenas tener tiempo para nada’, que suena a una forma de reclamo y también de lamento, es el correlato de una forma especial, más bien instrumento, de medición del tiempo: el reloj. Y es que, cada vez que buscamos un rostro para el tiempo, pensamos en el reloj: «llamamos tiempo a lo que el reloj transmite mediante el simbolismo de su esfera» (Elías, 1989, p. 24). O, como dice Safranski (2013, p. 11), cada vez que nos preguntamos qué es el tiempo, tendemos a responder que “es aquello que miden los relojes”, confundiendo, de esta forma, la misma idea de tiempo con uno de los instrumentos que utilizamos para medirlo. De manera que, aunque el reloj no es el tiempo, se constituye en una forma de comprenderlo y organizarlo: «El reloj no es solo un objeto psíquico, es sobre todo un objeto social. Podría decirse que es un instrumento para la socialización del tiempo» (Safranski, 2013, p. 11). Además de ser un instrumento de socialización del tiempo, el reloj también termina siendo un instrumento de homogenización del mismo: «El tiempo público de los relojes, que regula el tráfico y el trabajo, se interioriza como una conciencia subjetiva del tiempo» (Safranski, 2013, p. 16).

En tanto instrumento de socialización y homogenización del tiempo, el reloj regula la conducta y las acciones individuales y de un grupo: «Al ver el reloj sé qué hora es, no solo para mí, sino para toda la sociedad a la que pertenezco» (Elías, 1989, p. 24). En este sentido, el tiempo que marca el reloj se traduce en cierto mandato, un imperativo a partir del cual organizamos o les damos dirección a eventos, actuaciones y modos de vida. El tiempo del reloj también es coacción de esos eventos, actuaciones y modos de vida, sobre todo en tiempos como los de hoy:

Vivimos hoy bajo un estricto régimen del tiempo. Tenemos tiempos de trabajo, de ocio, escolarización y formación exactamente regulados, así como horarios coordinados con toda precisión en el tráfico y la producción. En cualquier ocasión hay que atender a los plazos, especialmente en los exámenes y en los préstamos. En la economía competitiva se trata de ganar tiempo: hay que llegar primero al mercado con los nuevos productos, es necesario introducir una mayor rapidez a las innovaciones. Bajo esa presión de tiempo, él mismo se transforma en una especie de objeto, que podemos dividir, dedicar, acelerar, ahorrar, emplear bien y vender. Es simplemente un objeto ‘escaso’ (Safranski, 2013, p. 20).

Un ‘apenas tener tiempo para nada’ es la forma de nombrar la actual escasez del tiempo de la que todo el mundo habla; un tiempo transformado en mercancía que también mercantiliza nuestras vidas; un tiempo que se cosifica y nos cosifica a través de las manecillas de un reloj que, en estos tiempos hipermóviles, marca cierta precariedad de la vida, quizá la torpe imagen de una vida desbocada en la moto.

Acaso sea el momento para recordar *Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj*, ese breve relato de Cortázar (2016) que, de manera un tanto irónica, nos descubre algunos significados —cruces— para ese indefenso aparato que no solo está en las paredes de las casas y oficinas,

sino que también nos acompaña en nuestro pulso a todas partes. Lo cito en extenso:

Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan —no lo saben, lo terrible es que no lo saben—, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca. Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico. Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se te caiga al suelo y se rompa. Te regalan su marca y la seguridad de que es una marca mejor que las otras. Te regalan la tendencia de comparar tu reloj con los demás relojes. No te regalan un reloj; tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj (p. 27).

UN HOMBRE que “CORRÍA CORRÍA CORRÍA...”

Hay un cuento breve de Andrés Elías Flórez Brum que nos da ciertas pistas para leer uno de los atributos de este tiempo: la prisa. Este cuento, que tiene un nombre bastante consecuente con la realidad que narra, se llama *La carrera*. Y, en efecto, tanto su sintaxis precisa como la reiteración y el énfasis en la palabra ‘correr’ parecen tensionar el ritmo de la lectura y precipitar al lector, junto con el personaje, hacia una descomunal carrera en la que no solo se pierde el sentido de las cosas, sino también la vida misma.

La carrera es la historia de un tiempo que corre frenéticamente sin un puntero que marque su sentido; un tiempo sin tiempo, sin entretiem-
po, es decir, sin duración, sin orientación, sin aroma. Pero también es la historia de un hombre sin historia, esto es, sin narración, sin relato, sin identidad³; un hombre alienado, incapaz de sustraerse del imperativo de correr, correr y correr: «El hombre empezó a correr por toda la calle y de pronto se detuvo para tratar de recordar hacia dónde corría; así que, sin lograrlo, siguió corriendo» (Flórez Brum, 1999, p. 11). Uno podría decir que es esta pérdida del recuerdo de la memoria y esta ausencia de dirección, de horizonte, los que hacen de su vida una carrera que lo desborda o precipita histéricamente hacia el *sinsentido*; de tal manera que la vida, hecha de solo tiempo acelerado, de solo un “presente puntillista”, sin un ritmo articulador y orientador de sentido, se va cansando, se va agotando, se va extinguiendo. Entonces, la muerte no llega como forma final, como conclusión de un trayecto vital, en un tiempo justo, sino que lo alcanza a destiempo, sin agonía, como pronta *expiración*, porque «quien intenta vivir con más rapidez también acaba muriendo más rápido» (Han, 2015, p. 57).

La vida le había alcanzado poco para correr; de manera que cuando presintió la muerte alcanzó rápidamente el ataúd que un día había traído corriendo a su casa, previendo que no le alcanzaría el tiempo para esto, y se acomodó dentro del cajón y, antes de bajar la tapa y de morirse, les dijo a sus hijos que lo llevaran corriendo al cementerio; pero cuando salieron corriendo con el cadáver por toda la calle tuvieron que dejarlo a medio camino porque ya se había podrido (Flórez Brum, 1999, p. 12).

3 «En un mundo acelerado resulta imposible hilvanar una narrativa aglutinadora y coherente para nuestras vidas. El sentido de nuestra existencia nos ha sido arrebatado por la celeridad», se escucha decir a Concheiro (2016, p. 84).

Una VIDA alienada

No hay algo que perturbe o irrite más a este hombre que corre, corre y corre que la demora, que la espera, que la lentitud, que la dilación. El imperativo que dispara su fuga está en el “ya”, en el “ahora”, en el “enseguida”; el imperativo está en la prisa, en la aceleración, en la prontitud, en la rapidez, en lo diligente, en lo que se haga explícito y expedito. Este imperativo de la aceleración, como característica universal de la modernidad, según el sociólogo alemán Hartmunt Rosa (2016), se despliega en tres órdenes: *la aceleración tecnológica*, que transforma vertiginosamente el transporte, la comunicación y la producción, alterando, desde dentro, el “régimen espacio-temporal” de la sociedad, provocando la proliferación de los “no lugares”; *la aceleración del cambio social*, que afecta los modos de vida, los vínculos familiares y laborales, los conocimientos, las experiencias, haciéndolos frágiles, debilitando su estabilidad y perdurabilidad, implicando todo ello un radical cambio no en la sociedad, sino de la sociedad; y *la aceleración del ritmo de la vida*, que deviene en la sensación de que todo marcha tan deprisa, tan rápido, que no queda tiempo para nada, por lo cual es imposible seguir un ritmo, trastornando, de esta forma, los tiempos y espacios dedicados al descanso, al cuidado de sí, a la *vida buena*. Para el autor, la aceleración de la vida no viene, en principio, dada por la aceleración en los dos primeros órdenes, pero no hay que negar que tales órdenes, a la larga, le imprimen celeridad a la vida al exigir hacer más cosas en menos tiempo.

También, para Rosa, tres son los motores que impulsan la aceleración de los anteriores órdenes: *la competencia*, *la promesa de eternidad* y *el ciclo de aceleración*. La *competencia*, entendida como motor social, afecta no solo la esfera económica, sino también la vida laboral, el entorno de las amistades y el interior mismo de la familia, es decir, la vida social, redefiniendo el lugar del individuo en la sociedad por su nivel de competencia o competitividad; la *promesa de eternidad* en la que, pese a

nuestra finitud y mortalidad, la celeridad permite la posibilidad de vivir muchas vidas, de intensificar las experiencias, aunque las capacidades experienciales y físicas del ser humano siempre se quedarán cortas; y el *ciclo de aceleración* consistiría en el resultante del entrelazamiento de los tres órdenes de aceleración: la tecnológica, la del cambio social y la del ritmo de vida; ciclo que se impulsa a sí mismo de manera autónoma, descontrolada y constante alcanzando de manera frenética a todos los individuos.

Para Rosa (2016), todo este régimen de aceleración «transforma, a espaldas de los actores, nuestra relación con el mundo en tanto que tal, es decir, con los otros seres humanos, con el espacio y el tiempo, con la naturaleza y con las cosas, y termina así por transformar tanto las formas de la subjetividad humana como nuestro estar-en-el-mundo» (p. 58). De esta forma, este frenético y totalitario régimen conduce a la alienación, alienación que esclaviza al hombre al imperio de lo actual, de la prisa y de la novedad; que diluye su identidad y fragmenta, fragiliza al máximo su vida, la licúa, la hace volátil; que lo hace ajeno a sí mismo, a los otros y al mundo; que lo convierte en un ‘no lugar’; que lo cosifica, lo reduce a un simple objeto de consumo que se consume mientras consume.

CIUDAD LEONIA

Como gran observador y estudioso de nuestro tiempo, Bauman ha sabido diagnosticar en el mundo líquido una de las patologías de la temporalización provocadas por la prisa, por la aceleración, *el síndrome consumista*:

El “síndrome consumista” al que la cultura contemporánea está cada vez más rendida gira en torno a la negación enfática de la dilación como virtud y del “aplazamiento de la satisfacción” como precepto, principios fundamentales ambos de la “sociedad de productores” o “productiva”. En la jerarquía heredada de valores reconocidos, el “síndrome consumista” ha destronado a la duración y ha aupado a

la fugacidad. Ha situado el valor de la novedad por encima del de lo perdurable (2006, p. 85).

El sujeto del “síndrome consumista” es un fiel habitante de Leonia⁴, una ciudad que “se rehace a sí misma todos los días”. Su tiempo es el del consumo o, mejor, del consumismo, que es el tiempo del efímero deseo, de la fugaz satisfacción. El frenetismo de su marcha, de su fuga, está impulsado por la novedad. No hay dirección, no hay horizonte alguno, solo el ágil momento en que lo actual impone la novedad y, a su vez, esa novedad, que nada tiene que ver con lo nuevo⁵, tarda en actualizarse, en modificarse: la ley de lo instantáneo, de lo ligero, de lo efímero. En Leonia ya no se trata de acumular, sino de usar, apartar, desechar, purgarse. «Más que las cosas que cada día se fabrican venden compran, la opulencia de Leonia se mide por las cosas que cada día se tiran para ceder su lugar a las nuevas» (Calvino, 2015, p. 125).

Leonia, la opulenta, precipitadamente, se consume mientras consume, haciendo de la vida un detrito más.

AHORRAR CON LOS HOMBRES GRISES

Luego de la gélida visita de *los hombres grises*, el barbero de la pequeña ciudad en la que *Momo* vivía, el señor Fusi, colgó en su negocio el siguiente

4 Leonia es el nombre de una de las ciudades continuas que hace parte de las ciudades invisibles contadas por Italo Calvino (2002).

5 Resuenan aquí las palabras de Mèlich, cuando dice: «La distinción entre ‘lo nuevo’ y ‘la novedad’ es decisiva. Lo nuevo irrumpe, no se puede programar, no se puede planificar. Uno espera lo nuevo, pero no sabe cuándo ni cómo surgirá. Ni con qué rostro. Lo nuevo transforma el mundo, no puede ser utilizado por el sistema tecnológico, ni tampoco puede ser objeto de información porque ‘no hay palabras’ para nombrarlo. La novedad es lo contrario de lo nuevo, no tiene nada de nuevo. La novedad es lo viejo que se repite bajo unos parámetros que el sistema tecnológico domina y planifica. El valor o medio en que la novedad se mueve a sus anchas es la rapidez, y, por lo mismo, la caducidad» (2019, pp. 344-345).

cartel: «El tiempo ahorrado vale el doble» (Ende, 2014, p. 71). De igual forma, en las fábricas y oficinas de la misma ciudad, también en las escuelas y parvularios, se fueron colgando carteles parecidos, estampados con grandes letras luminosas en los que se podía leer: “El tiempo es precioso-no lo pierdas / El tiempo es oro-ahórralo”; “Los ahorradores de tiempo viven mejor / Los ahorradores de tiempo son dueños del futuro / Cambia tu vida: ahorra tiempo” (pp. 72-73). Estas consignas se insertaron tanto en la cotidianidad de los habitantes de la ciudad que, en poco tiempo, no solo cambió su vida, sino también el paisaje. Vertiginosamente, los rostros se fueron haciendo adustos y fríos: «Es cierto que los ahorradores de tiempo iban mejor vestidos [...]. Pero tenían caras desagradables, cansadas o amargadas y ojos antipáticos» (p. 72); de manera que la ciudad se iba llenando de grandes edificios tristes y feos, todos iguales, homogéneos; “un desierto de monotonía” en los que se fueron adaptando unos “depósitos para niños”, puesto que ya nadie tenía tiempo para ellos; entonces, todo el mundo comenzó a andar más aprisa. Paradójicamente, el ahorro imprimía más celeridad a los pasos, a la vida misma. Quienes mejor podían valorar este ahorro eran *los hombres grises*, «nadie sabía apreciar tan bien el valor de una hora, de un minuto, de un segundo de vida, incluso, como ellos. Claro que lo apreciaban a su manera, como las sanguijuelas aprecian la sangre, y así actuaban» (pp. 72-73).

Este ahorro del tiempo, benéfico para el capital (*neg-otium*, negación del ocio), es inversamente proporcional al tiempo del ocio (*otium*, inacción, reposo, quietud), tiempo de la vida buena. Ahorrar el tiempo es hacerlo eficaz y efectivo, productivo; ahorrar el tiempo es hacerlo gris o, mejor, ceniciento (la cenicienta trabaja hasta el agotamiento); ahorrarlo, bajo la promesa de su futura inversión en un —anhelado— tiempo de esparcimiento, de divertimento, de entretenimiento, que no es el del ocio. Mientras el ocio nombra un tiempo libre de toda utilidad, el divertimento está supeditado a la lógica del mercado. Ahorrar quiere decir, entonces, reinvertir el tiempo en algo útil, utilitario; tiempo del entretenimiento y

del trabajo: «Tenían que aprovechar incluso los ratos libres, con lo que tenían que conseguir, como fuera y a toda prisa, diversión y relajación»; de allí que «el que a uno le gustara su trabajo y lo hiciera con amor no importaba; al contrario, eso solo entretenía. Lo único importante era que hiciera el máximo trabajo en mínimo tiempo» (p. 72).

Al invertir en la promesa de *los hombres grises*, ya «nadie se daba cuenta de que, al ahorrar tiempo, en realidad ahorrraba otra cosa. Nadie quería darse cuenta de que su vida se volvía cada vez más pobre, más monótona y más fría» (p. 74). Con un tiempo y una vida gris ya no había tiempo para charlar, para sonreír, para soñar; ya no había espacio para la imaginación, para la creatividad; «ya no podían celebrar fiestas de verdad ni alegres ni serias. El soñar se consideraba, entre ellas, un crimen» (p. 72); pero, sobre todo, ya no había tiempo para escuchar, porque escuchar requiere detenimiento, demanda silencio: «Lo que más les costaba soportar era el silencio [...]. Por eso, hacían ruido siempre que los amenazaba el silencio» (p. 72), porque, para practicar el noble arte de la escucha, es necesario practicar cierta *epojé*. Quizá *Momo*, esa maravillosa niña cuya cualidad o arte esencial era escuchar, emerja, entonces, como la esperanza de un tiempo niño, de un tiempo bueno, de un tiempo des-pre-ocupado; tiempo de ocio.

LA HAMSTERIZACIÓN DE LA VIDA

Para Luciano Concheiro (2016, p. 12), la imagen que mejor explica o muestra nuestra relación con el tiempo hoy, o cómo lo experimentamos, es la de “una rueda para hámster que gira a una gran velocidad, pero no se desplaza. Vivimos en una época de inmovilidad frenética”. Esta metáfora, bastante explícita o cruda, nos ubica en la imagen del pequeño animal que corre, corre y corre sin posibilidad alguna de llegar a ningún lado. Al imponerse un mismo espacio —la jaula, la rueda—, no hay posibilidad de desplazamiento. Sin distancias es imposible forjar un horizonte, erigir una dirección. Cuanto más corre y corre el pequeño roedor,

impulsado por su instinto de supervivencia (huir de sus predadores), la rueda gira y gira más rápido, estimulando, a su vez, la necesidad de ir más aprisa. También, esta metáfora recrea la realidad del *animal labo-rans* en la sociedad del rendimiento; este pequeño animal individualizado en su propia jaula, en su propia rueda, que no toma distancia ni tiene límites consigo mismo, se arroja a una vida activa, es decir, sin pausa⁶ o, mejor, 24/7.

Vivir 24/7 (24 horas al día, 7 días a la semana) implica estar disponible, conectado todo el tiempo; implica habitar un tiempo homogéneo, sin textura ni tesitura; un tiempo liso y sin aristas, sin interrupciones, sin demora. Este tiempo es el del trabajo. «Hoy no tenemos más tiempo que el del trabajo. El tiempo de trabajo se ha totalizado como único tiempo» (Han, 2016, p. 15). Trabajo y vida se confunden o, mejor, se amalgaman en un solo *continuum* temporo-espacial. El trabajo no supone ya un medio a través del cual ganarse la vida, sino una verdadera medida del tiempo vital, un canon para la existencia. El trabajo, entonces, se convierte en una perversa dictadura que rige de manera absoluta el tiempo de la vida y lo absolutiza como tiempo laboral. «El planeta se reimagina como un sitio de trabajo sin parar», afirmará Jonathan Crary (2015, p. 43).

El tiempo del trabajo es también un tiempo despierto 24/7. «Se sustituye la lógica del apagado-encendido, de manera tal que nada está del todo ‘apagado’ y no hay un estado real de descanso» (Crary, 2015, p. 40). Se conecta un día eterno a través de madrugones y trasnochones; la vigilia permanente. Al sujeto de este tiempo le es imposible cerrar los ojos, descansar, concluir. Es un insomne. Debe mantenerse activo para que siga girando más aprisa la rueda de la producción y el consumo, del capital; la rueda que también es su propia vida. Debe evitar cualquier fricción que

6 En este tiempo, la única pausa posible es la “pausa es activa”, la cual connota una forma de ejercitación para continuar laborando.

detenga su inminente carrera; andar más aprisa supone que se hagan más cosas y se produzca más. Debe inyectarse altas dosis de optimismo, respondiendo ciegamente a su credo de ‘autorrealización’, para sostenerse siempre despierto, siempre motivado, siempre activo, pues esta delirante carrera lo pone frente a sus propios límites sicológicos y biológicos; no duda, en ningún momento, en consumir una buena dosis de actitud positiva a través de los consejos de autoayuda o, en el mejor de los casos, ingerir algún fármaco o una bebida energizante. De manera que un tiempo del trabajo es también un tiempo del agotamiento, del cansancio; cuerpos y mentes revolucionadas, agobiadas, ansiosas, si apenas tienen tiempo para atender los males y enfermedades, consecuencia de su hiperactividad, males y enfermedades que, en forma de “violencia neuronal”, hacen colapsar su sistema nervioso: estrés, depresión, ansiedad, insomnio crónico, neuralgia, vértigo, náuseas, trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), *burnout*, síndrome de desgaste ocupacional (SDO), encefalomielitis miálgica (EM), trastorno límite de la personalidad (TLP), neurastenia, entre otras.

SIN ATENCIÓN

En su ensayo filosófico sobre el arte de demorarse, *El aroma del tiempo*, Byung-Chul Han (2015) afirmará que nuestra crisis temporal no es consecuencia primaria de la aceleración, sino de un tiempo que se ha quedado sin sostén, sin dirección, sin duración, sin compás ni ritmo ordenador. Un tiempo discontinuo que se reduce a la atomización de instantes sin conexión entre ellos y se vacía de toda narratividad; un tiempo de la fugacidad y lo efímero: *disincrónico*; un tiempo disperso que desborda en una forma de vida dispersa.

La dispersión temporal no permite experimentar ningún tipo de duración. No hay nada que rija el tiempo. La vida ya no se enmarca en una estructura ordenada ni se guía por unas coordenadas que

generen duración. Uno también se identifica con la fugacidad y lo efímero. De este modo, uno mismo se convierte en algo radicalmente pasajero; la atomización de la identidad. Uno solo se tiene a sí mismo, al pequeño “yo”. En cierto sentido, se sufre una pérdida radical de espacio, de tiempo, de ser-con (Mitsein). La pobreza del mundo es una aparición discrónica (pp. 9-10).

Esta dispersión significa el colapso de la atención, entendida esta como una de las formas temporales de la demora, es decir, del cuidado. Tal colapso es, en gran medida, una respuesta al frenesí de una vida 24/7, en la que el exceso demanda una particular forma de gestión del tiempo y la atención, que no es el del cuidado y la duración. El individuo 24/7 tiene la obligación de ahorrar el tiempo, de hacerlo efectivo y eficaz, además de estar disponible y dispuesto para responder a las múltiples y simultáneas tareas, impulsos, estímulos e informaciones que mueven su vida. En estas condiciones, la atención se amplifica hasta fragmentarse, hasta colapsarse, hasta dispersarse. Se trata de una *hiperatención* que lo que gana en amplitud lo pierde en profundidad. Es la hiperatención superficial propia de un individuo *multitasking*⁷.

En la misma senda de Simone Weil, Savater (2012, p. 34) nos dirá que las cosas fundamentales de la vida, como el amor, la amistad, el cuidado, la belleza, el silencio, la compasión necesitan de la atención. También, gracias a la atención profunda, los grandes logros de la cultura, de la civilización, han sido posibles. Sin atención, es decir, sin hacerse presente en el presente o, mejor, sin estar en lo que se hace, es imposible tejer experiencias, se anula la posibilidad del pensar. La atención no

7 A este propósito, Han (2012, p. 34) dirá: «No solamente el multitasking, sino también actividades como los juegos de ordenadores suscitan una amplia pero superficial atención, parecida al estado de la vigilancia de un animal salvaje. Los recientes desarrollos sociales y el cambio de estructura de la atención provocan que la sociedad humana se acerque cada vez más al salvajismo».

solo les imprime demora y duración a nuestras acciones, sino también dirección. De allí que el gran fracaso de una atención multitareas, de un individuo *multitasking*, es haber perdido la capacidad de demorarse, de concentrarse, de interrogarse, de contemplarse, de pensarse, de cuidarse; gestos que se corresponden con la posibilidad de una *vida buena*. Perder la atención, estar preso de la dispersión o hiperatención es tanto como perdernos.

DESAPARECER (D)EL TIEMPO

La imposibilidad de una vida buena, una vida hecha de duración y demora, y no por la sucesión ininterrumpida de intensidades puntuales, deriva del triunfo de un determinado modelo de vida. «Un modelo en el que el tiempo es un obstáculo, algo que se debe reducir al máximo hasta, a ser posible, hacerlo desaparecer» (Cruz, 2016, p. 48). Se trata, como antes se dijo, del modelo de la vida activa, una vida 24/7, propia del mundo del trabajo: «La temporalidad 24/7 es un tiempo de indiferencia, en el cual la fragilidad de la vida humana es cada vez más inadecuada y el sueño no es necesario ni inevitable. En relación con el trabajo, propone como posible, e incluso normal, la idea de trabajar sin pausa, sin límites» (Crary, 2017, p. 37). Ese modelo de vida 24/7, que insistentemente apremia con el imperativo de que hay que ahorrar el tiempo, de que hay que aprovecharlo al máximo, termina imprimiéndole celeridad, reduciéndolo, hasta hacerlo desaparecer. Y desaparecer el tiempo, vaciarlo de un *telos* que le permita tejer continuidad, hacer narración, es también desaparecer, sin ningún sentido de transcendencia, del tiempo.



La única rebelión que intuimos como capaz de quitarse la aceleración sería, tal vez, el salirse del tiempo, del tiempo utilitario; el quitarse de la agonía impracticable de la autorrealización, abandonar la orgía de ruidos constantes para crear, así, infinitos instantes de

otro tiempo, un tiempo en apariencia inútil, sin provecho, un tiempo porque sí, para nada, un tiempo detenido, sin novedades a la vista.

Carlos Skliar (2019)



EL TIEMPO QUE *FALTA*

Vuelvo nuevamente la mirada sobre las páginas de *La lentitud*, y encuentro que:

[...] Contrariamente al que va en moto, el que corre a pie está presente en su cuerpo, permanentemente obligado a pensar en sus ampollas, en su jadeo. Cuando corre siente su peso, su edad, consciente más que nunca de sí mismo y del tiempo de su vida. Todo cambia cuando el hombre delega la facultad de ser veloz a una máquina: a partir de entonces, su propio cuerpo queda fuera de juego y se entrega a una velocidad que es incorporeal, inmaterial, pura velocidad, velocidad en sí misma, velocidad éxtasis (Kundera, 1995, pp. 10-11).

Y más adelante:

¿Por qué habrá desaparecido el placer de la lentitud? Ay, ¿dónde estarán los paseantes de antaño? ¿Dónde estarán esos héroes holgazanes de las canciones populares, esos vagabundos que vagan de molino en molino y duermen al raso? ¿Habrán desaparecido con los caminos rurales, los prados y los claros, junto con la naturaleza? (p. 11).

Me detengo un poco entre las líneas; trato de saborear cada palabra, cada insinuación, cada inquietud. Soy yo quien ahora quiere bajar de la

moto y sentir el propio peso de su cuerpo, de su edad; quien quiere tener conciencia de sí mismo y del tiempo de su vida, del relato que está siendo. Soy yo el que ahora quiere hacer suyas las inquietudes del narrador de la novela e intenta buscar en esos “héroes holgazanes”, “vagabundos”, “paseantes de antaño” alguna señal, un mínimo gesto, una grieta por la que sea posible escaparse, salirse de este tiempo utilitario. Algo me dice el caminar; busco resonancias.

Pienso, entonces, en el tiempo que *falta*. Y lo que falta no es lo que pasó, algo que quedó atrás y, por ende, se extraña; lo que falta tampoco es lo que viene, lo que está adelante y, por ende, se anhela. El tiempo que *falta* es un tiempo otro, un tiempo fuera de este tiempo utilitario, un tiempo niño, un tiempo *Momo*, un tiempo bueno, un tiempo presente hecho de presencia, un tiempo cargado de *duración*, tejido por la potencia del instante⁸. Tiempo para bajarnos de la moto, restituir la experiencia del propio cuerpo, hacernos presentes y volver a caminar:

Caminar es una apertura al mundo; restituye en el hombre el feliz sentimiento de su existencia; lo sumerge en una forma activa de meditación que requiere una sensorialidad plena. A veces, uno vuelve de la caminata transformado, más inclinado a disfrutar del tiempo que someterse a la urgencia que prevalece en nuestras existencias contemporáneas. Caminar es vivir el cuerpo, provisional o indefinidamente. Recurrir al bosque, a las rutas o a los senderos no nos exime de nuestra responsabilidad, cada vez mayor, con los desórdenes del mundo, pero nos permite recobrar el aliento, aguzar los sentidos, renovar la curiosidad. Caminar es, a menudo, un rodeo para reencontrarse con uno mismo (Le Breton, 2015, pp. 15-16).

8 «El instante es un no tiempo: un parpadeo durante el cual sentimos que los minutos y las horas no transcurren. Es un tiempo fuera del tiempo» (Choncheiro, 2016, p. 14).

Caminar, quizá... para vivir el cuerpo, para sentir su propio peso, para encontrar el propio ritmo en cada paso, para reencontrarse con uno mismo. Caminar para abrirnos al mundo, a sus sensaciones; para estar a la altura de las cosas y poder contemplarlas, detallarlas en su dimensión y tamaño.

Caminar, quizá... como un gesto de resistencia, como un acto de rebelión ante la vida ²⁴/₇. Caminar para traicionar el impulso agobiante de las manecillas del reloj y poner en suspenso el tiempo; para apartarse, para retirarse, para poder inventar el silencio y soledad necesarios en que sea posible el sosiego.

Caminar, quizá... como una manera de reencantar y reencontrar el tiempo y el espacio; como una forma de pasar y pasear desapercibido sin someterse a la urgencia de las horas. Caminar, quizá, para encarnar el tiempo que *falta*, que también lo es de la presencia, de la existencia, de la experiencia, de la demora, de la duración, de la atención, de la vida buena... un tiempo, un instante poético en el que nos hacemos presentes en el presente: duramos, «Duración, mi calma / Duración, el lugar donde me detengo a descansar / [...]. Quien no ha sabido nunca lo que es la duración no ha vivido» (Handke, 2019, p. 79).



«El grado de velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido» (Kundera, 1995, pp. 146-147). La prisa nos condena al olvido, un olvido que no solo lo es del mundo, sino también un olvido de sí: «Cuando las cosas ocurren tan aprisa, nadie puede estar seguro de nada, de nada de nada, ni siquiera de uno mismo» (p. 146). Por eso, el hombre de la moto con un paso decidido se apresura hacia ella, «desea su moto, rebosa de amor por su moto, por la moto sobre la cual olvidará todo, sobre la cual se olvidará a sí mismo» (p. 167). Él quiere levantar su vuelo, perderse. En cambio, yo quiero todo lo contrario; lo que deseo ahora es aprender a caminar, sentir mi propio peso, hacerme presente; por eso contemplo

al caminante, «quiero saborear el ritmo de sus pasos: cuanto más avanza, más lentos son. Creo reconocer en esa lentitud una señal de felicidad» (p. 168), una señal del tiempo que falta: caminar, quizá...